

Muchos no comprendieron.

—Un hermoso niño—añadió— que apenas tiene una hora y tres cuartos, de edad.

Todos se alegraron riendo y comentando el hecho. Por una ligera alteración que noté en el semblante de la señorita de Mestre, comprendí que debía haber dado á luz la campesina de su pueblo.

—Ha nacido en el hemisferio boreal—coincidió el comandante;—pero le bautizarán en el otro. Mañana pasamos el Ecuador.



XI

EL PASO DEL ECUADOR

Al día siguiente, desde por la mañana temprano, no se hablaba á proa mas que de la novedad del niño y del paso del ecuador: del Ecuador, del *Icuator*, del *Cuador*, del *Cuator*, porque cada cual estropeaba la palabra á su modo.

*
* *

Del nacimiento hablaban principalmente las mujeres, ansiosas por saber si bautizarían al niño y cómo, quiénes serían el padrino y la ma-

drina, que debían ser dos señores, según el uso: le bautizaría el cura larguirucho de primera, ó uno de los dos de segunda, ó el fraile? ¿Y dónde, si no había ni capilla ni altar? ¿Y los regalos? Todas estas cosas, en la vida recogida del barco, tomaban importancia de negocios de Estado. El sobrecargo me enteró de que la campesina de Mestre era *grandemente envidiada* por todas las mujeres en cinta, de tercera, y tanto más cuanto más avanzadas en el embarazo; porque es tradición de cortesía marinera, que las púerperas á bordo sean tratadas con grandes miramientos; y las otras, viendo pasar tazas de caldo, cuartos de gallina y copitas de Marsala, pensaban con pena que ellas, estando en tierra, no tendrían igual fortuna. — ¡Eso se llama ser afortunada! — decían. Si con sólo un esfuerzo pudieran anticiparse el suceso algunos días, lo hubieran hecho con toda su alma. Las había que estaban seriamente incomodadas.

* * *

En cuanto al Ecuador, todos hablaban de él. Pero, en este punto, importa dar algunos pasos atrás para explicar bien qué efecto causaba el mar en toda aquella gente. Primeramente le era antipático. Los ignorantes no admiran el

mar, porque tienen poco ó nada que escribir con el pensamiento en aquella inmensa página en blanco, y la inmensidad sencilla no es bella mas que para el que piensa. No recuerdo haber oído nunca entre aquellos emigrantes ni una exclamación admirativa para el Océano. Ante el agua se quedan siempre con la primera idea que ésta despierta á toda criatura humana, á saber: que es el elemento de la asfixia. Luego, y tuve ocasión de comprobarlo, desde la salida del estrecho, para la mayor parte, aquel grande Océano había sido una desilusión, porque no habían visto en él mayor extensión de agua que en el Mediterráneo, cuando todos ellos imaginaban, que al entrar en sus aguas verían ensancharse el horizonte desmesuradamente, como sucede al que sube de una colina á una montaña.

Y no sólo por esta razón. En la mente del pueblo, á la idea de los grandes mares van unidos todavía restos de las antiguas creaciones fabulosas de la antigüedad y de los tiempos medios; y ya que no los monstruos alados, los *kraken* de una milla en redondo y los peces cantantes, muchos esperan ver cuando menos ballenas, pólipos enormes ó luchas terribles entre peces espadas, y olas como montañas; y viendo luego aquel mar siempre quieto, y sin que aparezca siquiera ni el hociquillo de pececitos diminutos, al cabo de dos semanas de

navegación se encogen de hombros diciendo:— Es un mar como otro cualquiera.—Y en cuanto á interesarse y tomar gusto por otras cosas, no pueden, ó porque las ignoran, ó porque no creen en ellas ó las entienden á medias. Yo hice la siguiente observación: que casi todas las conversaciones que sosteníamos en la popa, sobre el mar, sobre la navegación, sobre las tierras, las cuales cambiaban poco á poco de asunto, según cambiaban uestra situación geográfica, y nos eran impuestas, por decirlo así, por el grado de latitud, casi todas, digo, trasmitiéndose de boca en boca y de clase en clase, tenían su eco uno ó dos días después (como ocurre con los acontecimientos de las ciudades y los pueblos), en los corros de proa, desde donde volvían hasta nosotros en forma fragmentaria, cogida por los empleados al pasar.

Pues bien, parece increíble las transformaciones extrañas que las noticias y las observaciones científicas experimentaban en el tránsito. De la antigua Atlántida, de la cual se había hablado á la latitud del mar de los Sargazos, se trataba entre los de tercera clase como de un mundo que hubiese desaparecido pocos años atrás, y que alguno de nosotros se vanagloriase de haber visto. A la latitud de la Senegambia, habiendo hablado de negros, decían los emigrantes que el *Galileo* filaba á toda veloci-

dad por huir de la costa, donde había un pueblo de terribles salvajes, que cazaban los barcos para comerse á los pasajeros, y no pocas veces lo lograban. Sobre el mismo Ecuador, días antes iban ya prediciendo que sufriríamos horas de calor horrible, que llegaría á fundir las velas y el lacre de las cartas, y un sol tan ardiente que á más de uno se le volvería el juicio, y caerían accidentados, á docenas. Pero lo más singular del caso, era que el paso de un hemisferio á otro, que á todos debería persuadir de la redondez de la tierra, antes bien les ofrecía una prueba en contrario; que les afirmaba más en la antigua incredulidad; porque al fin, ahora llegaban á ver que todo era llano; y no había mucho de qué regocijarse con los que mostraban estar persuadidos de la verdad; puesto que no pocos se imaginaban que, una vez pasado el Ecuador, iría el vapor descendiendo lentamente, viéndose entonces cómo iba dando vueltas en derredor del globo, como una hormiga sobre una bola.

Otros muchos no creían nada de todo lo que oían decir. Por la mañana, mientras el marido de la suiza (dotado de la estupidez más incurable, cual es, como dice un gran hombre, la que se contrae sobre los libros) estaba explicando el Ecuador á un grupo de emigrantes, con una fraseología néciamente científica que no podían

comprender:—... el hogar eléctrico del globo... el regulador de las evaporaciones de ambos mundos... el lugar donde el mar mezcla sus dos sangres...—ellos miraban con curiosidad en derredor y á lo alto, y no viendo nada extraordinario, se volvían á mirarle á él con malos ojos, y con trazas de decirle que acabase de reirse á su cuenta. Pero lo que les preocupaba sobre todo hacía varios días, era el haber oído decir que de la parte de allá del Ecuador se veían estrellas nuevas, y que una de éstas, el alfa del Centauro, era de todas las estrellas la más inmediata á la tierra. Quizá pensaban que se presentaría tan grande como la luna.

Desde la mañana de aquel día tan esperado, en plena luz solar, hombres y mujeres recorrían el cielo con sus ojos, con la idea de ver milagros. Una mujer preguntó al comisario si en aquella otra parte del mundo, donde íbamos á entrar, la luna y el sol eran los mismos que entre nosotros se veían. ¿Qué es esta *raya* que divide el mundo en dos partes? ¿Se podía creer lo que decían, que nadie tendría hora precisa? ¿Era cierto que en el año que se va á América se pierde una estación? ¿Y dónde va á parar esta estación? El comisario se ingeniaba para explicárselo; pero los había que no atendían para nada á las explicaciones solicitadas antes con empeño; como si fuese tiempo perdido.

Otros, para entenderlo, tendían con toda su fuerza el arco de la inteligencia, y luego renunciaban á comprenderlo, haciendo acto de resignación. El sentimiento último de la mayoría era una vaga sospecha de que todas aquellas maravillas fuese un montón de embrollos que *los señores* les propinaban para dárselas de sabios, ó ya que no esto, que sus explicaciones, fuesen esfuerzos de fantasía; y que, por lo demás, todo permaneciese envuelto en las sombras de impenetrable misterio. Gran parte de ellos hubiese creído mejor en los tres monjes legendarios del Asia, que desde hace quince siglos caminan en línea recta siempre, buscando el lugar donde nace el sol. Desanimaba el pensar que un millar quizás de aquellos mil seiscientos ciudadanos de uno de los países cultos de Europa, no tuviesen, respecto de la tierra y del cielo, conocimientos más amplios ni más exactos de los que hubiésemos encontrado, cinco siglos ha, en otros mil individuos de la misma clase; y que exista en el mundo una cierta cantidad irreductible de ignorancia: que se puede encauzar y hasta comprimir como una masa de agua en mil formas diferentes, pero que no se puede disminuir de volumen.

*
* *

No importa: el paso del Ecuador era una fiesta para todos, especialmente por la distribución extraordinaria que se había anunciado de tres litros de vino por *rancho*: y también porque, habiendo dado el comandante orden de abrir la bodega y dejar sacar los equipajes, para muchos era un verdadero gozo proveerse de ropas y arreglar un poco sus propios harapos, reducidos á estado miserable por la humedad de la zona tropical.

Además de que el anuncio de los fuegos artificiales para por la noche ponía á toda la chiquillería en ebullición. La gran operación del baldeo matutino fué hecha con insólito vigor, y á la hora del almuerzo se vieron varias muchachas con pañuelos y cintitas nuevas en el pecho y en la cabeza, mamás peinadas con más cuidado que los demás días, hombres con corbatas extraordinarias, afeitados, con camisas sacadas de la colada, cuellos de los cuales habían caído las escamas. La muchedumbre se había endomingado; las mujeres, en homenaje al nuevo santo, no trabajaban, y la mayor parte de los hombres, reunidos en grupos numerosos

y animados, mostraban claramente en su cara la premeditación de una borrachera para aquella noche.

Entre tanto, muchos andaban solícitos alrededor de la oficina para asegurarse á tiempo de cualquier avance de la comida de gala de primera clase, y en las cocinas de tercera había también una agitación, un ir y venir desusado, del cual se podía argumentar que aquel día el cocinero y sus ayudantes habrían hecho gran tráfico de platos de contrabando. Dos fuertes aguaceros, caídos con una hora de intervalo entre uno y otro, pero cortísimos, no hicieron mas que excitar el buen humor de la multitud: luego el cielo se aclaró, y el mar, por momentos azul, por momentos violáceo, movido en largas y lentas ondulaciones, parecía prometer que no turbaría la jornada.

Y fué fiesta también para nosotros. Para mí comenzó después de almorzar en el camarote del segundo, con el cual pasé una hora agradableísima, junto con otros dos oficiales y con el marsellés, bebiendo buen champagne, debido á una discusión sobre Guillermo Watt. Hablando de la mala fortuna de los inventores, al marsellés se le había escapado decir que Watt había muerto en la miseria. El segundo lo había negado; había muerto en la holgura, cargado de honores y rodeado de amigos ilustres.

—¡En la miseria, Señor mío! En la más espantosa indigencia!—En la riqueza, os digo.—¡Sin un céntimo, sin un céntimo!—De aquí la apuesta, y había dado sentencia inapelable una *Historia de las máquinas de vapor* que había á bordo, escrita precisamente por un marsellés, el cual desmentía, sin miramiento ante todo el mundo, á su conciudadano. ¡Qué originales tipos aquellos tres oficiales del *Galileo*, sin excluir aquel morenillo astuto del despacho! Todos más jóvenes de espíritu de lo que su edad hiciera creer, y con cierta sencillez de solitarios, rarísima de encontrar en el mundo, hasta entre los mismos solitarios. Cada uno de ellos tenía un estudio ó un arte entre manos, con el cual mataban el tiempo en aquellos viajes continuos: el Segundo estudiaba el alemán, el tercero pintaba marinas, el cuarto había empezado recientemente á tocar la flauta. Y cada cual tenía una colección interminable de anécdotas de viajes, que contaba de un modo particular, lentamente, diciendo de la manera más natural del mundo las cosas más extrañas, como gente acostumbrada á hacer vida común con la parte más aventurera y más rara del género humano: y esto cuando se encuentra en condiciones de vida y de ánimo excepcionales. ¡Habían hecho travesías llenas de peripecias, durante las cuales el registro de nacimientos y de uniones había estado en mo-

vimiento continuo; cuarentenas durante las que era cosa de morirse de fastidio; horas de guardia en noches de tempestad, de las cuales era para salir con la cabeza blanca! ¡Y habían visto pasar á bordo miserias, amores, miedos, caras irregulares, familias gitanescas!

Curiosa era también la confusión, ó mejor dicho el desate de ideas que tenían en la cabeza con respecto á la política de los dos países entre los cuales viajaban: ¡ellos! que, al regresar á Génova se encontraban dos meses retrasados en la lectura de los periódicos de Italia y volvían á salir antes de haber podido comprenderlos, para llegar otra vez á la Argentina, en ayunas cincuenta días de los hechos de allí. Y más curiosa era ver su condición respecto á las propias familias.

El Segundo nos divirtió mucho explicándonos, con la copa en la mano, cómo, teniendo mujer hacía año y medio, le parecía aún ser un esposo de pocos meses.

Había salido de Génova ocho días después de su boda, y no había visto á su mujer mas que á intervalos de dos meses, y por tan cortos espacios de tiempo, que entre ellos no había podido haber familiaridad; de modo que siempre que llegaba era recibido con un poco de la emoción de la primera vez y tratado con cierta gracia respetuosa y llena de turbación, casi como

un extraño: lo cual mantenía inmóvil en el horizonte la luna de miel.

Y él mismo nos enseñó el retrato de su mujer, con el aire de quien hiciera ver en confianza la fotografía de una señorita con la cual estuviera en relaciones.

—¡Tipo genovés!—le dijo el marsellés mirándola.—Es de Palermo—respondió él.—¡Imposible!—¡Ah, qué risotada! Tal risotada, que esta vez tuvo que fingir que había él dicho su *impossible* por broma.

*
* *

Todos estaban alegres, aun cuando el capitán había dado á entender que no quería la broma usual de bautizar con las botellas á quien pasaba la línea por primera vez: una *novatada* que acababa siempre mal. Por otra parte no había personajes apropiados para ello. Hasta el genovés del lente se acariciaba la barba de erin de cepillo con aire menos aburrido que de costumbre. Detenía ora aquí, ora allá á este ó el otro, exclamando:—Pechugas de pollo con vino de Madera.—Había arrancado al cocinero una porción de secretos y decía que tendríamos una comida espléndida y discursos.

El agente de cambio, con el cual di un paseo, me anunció un brindis del marsellés; lo había oído ensayarlo en el camarote. Me refirió al mismo tiempo que la noche antes había ocurrido una escenita, á causa de aquella lengua de escorpión de la madre de la pianista; la cual, habiendo insinuado al presunto «ladrón» que debía haber desmentido las voces calumniosas que respecto de él corrían á bordo, este había ido en busca del capitán para preguntar en voz alta qué voces eran aquellas y quién las había hecho correr, amenazando con estocadas y pistoletazos; pero parecía que accediendo á sus ruegos, había prometido estarse quieto hasta el otro hemisferio. Cuando subimos al castillo de popa nos encontramos á aquella fiera *escupe veneno*, que parecía gozar de haber por fin conseguido producir un escándalo, y ambos á dos notamos una animación jamás vista en la insípida cara de su hija, algo así como el reflejo de secreta complacencia; á la cual buscó la causa en vano, el agente con una mirada larga, giratoria, sospechando que viniera por el aire otro tijeretazo. Al pasar por delante de la despensa vimos á los esposos derechos delante del banco bebiendo rosoli aguado. El agente los saludó. El esposo dijo tímidamente:—Estamos festejando el Ecuador.—¡Eh! me parece que festejan todos los paralelos—replicó el otro con tono de des-

pecho y mirándoles con fijeza á los dos.—Y ellos se taparon con presteza la cara con las copas.

Luego fuimos á beber una copita de Chartreuse á la puerta del camarote de la domadora, la cual recibía á los amigos con los ojos flotando en la dulzura, y decía que hubiera querido que el viaje durase un año; de tal suerte encontraba la compañía bien combinada, educada, cortés, agradable y otra porción de adjetivos azucarados que parecían salir de muchas copas que debía haber ya trasegado durante la jornada.

Cuando desde allí volvimos á subir al castillo, encontramos novedades: la señora argentina, verdadera reina del barco, con una corte de admiradores en derredor suyo, vestida con un traje color vainilla que hacía resaltar maravillosamente su cálida y florida encarnadura de criolla, radiante la faz como si estuviese satisfecha de entrar en la mitad del mundo, que era la suya; y la señora suiza, que paseaba por primera vez con su antiguo diputado sin que nadie hubiera observado en qué día ni de qué modo había sobrevenido la reconciliación. Media hora de su conversación descosida, saltarina, vacía, toda llena de pequeñas tonterías color de rosa y de risitas descocadas de modistilla, nos persuadió de que se sentía feliz por haber vuelto á poner su garra blanca en el Parlamento de Buenos Aires. Y también parecía satisfecho

el marido de sus excursiones profesionales entre los emigrantes, porque estaba recogiendo del Segundo nuevas nociones geográficas con una carta marítima extendida delante de sus anteojos. En todos los ojos parecía relampaguear una confusa esperanza, como la que suele verse en la cara de las gentes el último día del año, como si todos confiaran en que en el hemisferio inferior les esperaba mejor fortuna que aquella que habían tenido en el otro.

*
* *

Y la alegría aumentó todavía á la hora de comer, en que, excepción hecha del garibaldino y de la señora de la escobilla, que permaneció silenciosa y sin comer, con la mira evidentsísima de hacer un desprecio visible á su marido, todos charlaron calurosamente, como en una gran comida de buenos amigos. Y se tuvo la gran sorpresa aquella noche de oír la voz de los cónyuges brasileños, los cuales, tomando parte en la conversación de los argentinos y excitados poco á poco por el amor patrio, describieron con elocuencia admirable, que nos hizo eallar á todos, las bellezas de su país, la gran bahía de Río Janeiro, coronada de sus montes de fi-